



# Protesta universitaria: acción colectiva en defensa de las personas migrantes

Mauricio Méndez Santa Cruz\*

## Resumen

Nella Van Dyke argumenta que algunas universidades destacan como focos de activismo político, y que la mayoría de los estudios sobre protesta estudiantil son ahistóricos y no reconocen la influencia de la historia y la cultura en la promoción de dicha actividad. La investigación de Van Dyke nos sirve para dos objetivos: por un lado, para ponerla a prueba en un contexto diferente al estadounidense, al presentar el activismo universitario que se lleva a cabo en una universidad pública de un país latinoamericano, es decir, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); por otro lado, para describir el activismo que algunos estudiantes, académicos y trabajadores universitarios han llevado a cabo en defensa de la población migrante en México, al ser usado este tema como referente.

## Palabras clave

Movimientos sociales, movimientos estudiantiles, protesta universitaria, migración, Universidad Nacional Autónoma de México.

## Abstract

Nella Van Dyke argues that some universities stand out as hotbeds of political activism, and that most studies on student protest are ahistorical and fail to recognize the influence of history and culture in promoting protest activity. Van Dyke's research serves two purposes: On the one hand, to test it in a context other than the United States, by presenting the university activism carried out at a mass public university in a Latin American country: the National Autonomous University of Mexico (UNAM). On the other hand, to describe the activism that some students, academics, and university workers have carried out in defense of the migrant population in Mexico, using this topic as a reference.

## Keywords

Social movements, student movements, university protests, migration, National Autonomous University of Mexico.

---

\*Dr. en Política social y administración. Investigador de la Coordinación de Humanidades, UNAM.  
mauricio.mendez@humanidades.unam.mx

## Introducción

La literatura sobre movimientos sociales ha asumido, desde hace tiempo, que los movimientos estudiantiles y, particularmente, los conformados por universitarios, tienen un papel significativo en los movimientos sociales contemporáneos. En 1998, Nella Van Dyke escribió un artículo que tituló *Hotbeds for Activism: Locations of Student Protests*, en el cual argumentaba que algunas universidades destacaban en el imaginario popular como focos de activismo político, mientras que otras no. Y se dio a la tarea de examinar, mediante el uso de la teoría de movimientos sociales, los factores que daban cuenta de esa variación en el activismo en el campus. Van Dyke se preguntó por qué hubo activismo político en algunos campus durante los años 60 y no en otros. Al hacerlo, argumentó que "la mayoría de los estudios existentes de protesta estudiantil son ahistóricos. Examinan la protesta sólo dentro de un período de tiempo, sin reconocer la influencia de la historia y la cultura en la promoción de la actividad de protesta" (Van Dyke, 1998, 205).

La investigación de Van Dyke servirá para dos objetivos: por un lado, para ponerla a prueba en un contexto diferente al estadounidense, al presentar el activismo universitario que se lleva a cabo en una universidad pública y de un país latinoamericano, es decir, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); por otro lado, este ejercicio será de utilidad, también, para describir el activismo que algunos estudiantes, académicos y trabajadores universitarios han llevado a cabo en defensa de la población migrante en México, al ser usado este tema como referente.

Van Dyke explora los factores que incitan al desarrollo del activismo universitario y sugiere que este se debe a la influencia de subculturas activistas que pueden subyacer en las familias de movimientos dentro de un ciclo de protesta y dan forma a la ideología y a las tácticas de organizaciones que se movilizan. Refiere a investigaciones previas sobre las movilizaciones estudiantiles de los años 60, como las de Buchanan y Brackett (1970), Hodgkinson (1970) y Lipset (1976), en las que se argumentó que el activismo tiende a ocurrir en universidades de élite o selectivas, las cuales suelen contar con estudiantes y académicos de corte liberal, proclives a la movilización. Si bien la propia Van Dyke pone

en duda esta afirmación, sí ve como una posibilidad el que esas instituciones mantengan una cultura política más activa:

(...) el profesorado en instituciones más selectivas o de élite puede ser más activo en política gubernamental; los estudiantes, viniendo de familias ricas, pueden contar con un alto sentido de la eficacia que los inspira a la acción política; los estudiantes pueden venir de familias políticamente activas y poderosas. Cualquiera de estos factores puede ayudar a crear una cultura en el campus más politizada, que puede fomentar actividad de protesta estudiantil. Una explicación alternativa de estos hallazgos es que los estudiantes en instituciones de más élite tienen más recursos con los cuales movilizarse. Las instituciones más selectivas en este país también tienden a tener los mayores recursos económicos, y también cobran a los estudiantes las colegiaturas más altas (...).

El tamaño de la institución es otro factor que influencia la presencia de activismo en campus; las universidades grandes tienen más actividad de protesta (Van Dyke, 1998, 206).

Al estudiar el activismo actual en las universidades estadounidenses, Van Dyke no evita volver en el tiempo y señalar que, en el pico de las movilizaciones estudiantiles de los años 60, el activismo estudiantil generalizado estuvo ausente de la mayoría de los campus del país. Reconoce que, si bien la Universidad de California en Berkeley tiene una bien ganada reputación como un campus activista, la mayoría de las universidades de la época no.

Revisaremos, entonces, basados en los cinco factores señalados por Van Dyke: 1) el perfil ideológico de los académicos y estudiantes, 2) los recursos de los estudiantes, 3) el tamaño de la institución, 4) la historia de activismo en la universidad que pudiera influir en la emergencia de actividad estudiantil de protesta y 5) la persistencia de subculturas activistas que fomenten actividad de protesta contemporánea: el activismo en la UNAM a partir de los años 60 y hasta el final de la primera administración de Donald Trump en los Estados Unidos de América.

Se ha tomado como referencia este periodo dado que, por un lado, los años 60 y en específico el mítico 1968, constituye un punto de parti-

da obligado, dada su influencia política, cultural y académica para el estudio de los movimientos estudiantiles. Por otro lado, la primera presidencia de Trump en los Estados Unidos de América marca un hito con respecto al abordaje que su gobierno da al tema de la migración y al surgimiento de activismo universitario relacionado, no sólo en los Estados Unidos de América, también en América Latina y Europa.

### **El movimiento estudiantil de 1968 en México y la creación de subculturas activistas en la UNAM**

*Aquí también se trata de una universidad moderna –una universidad que se moderniza en relación con el estado actual de la sociedad– y de un sistema político organizado en torno a un partido único. En México, la universidad posee una autonomía real que impulsa al movimiento estudiantil a desarrollarse principalmente dentro del mundo universitario, pero también a avanzar hacia objetivos propiamente políticos. La alianza con los obreros o los campesinos se vuelve extremadamente difícil debido al poderoso control que sobre estos grupos sociales ejerce la maquinaria interna del PRI.*

Alain Touraine. En *The Post-Industrial Society* (1971, 131-132).

En 1968, la UNAM contaba con 96,050 alumnos (Universidad Nacional Autónoma de México, 1971, 1) incluyendo sus facultades, escuelas profesionales y la Escuela Nacional Preparatoria. Ciertamente, era una universidad de masas. Sus estudiantes provenían de diversos estratos socioeconómicos, sin embargo, un alto número provenía de clases medias y altas. Al ser una universidad pública, cobraba una cuota de colegiatura baja, lo que hacía accesible la educación superior a amplios sectores de la población. Era, también, el principal lugar en donde las élites mexicanas se educaban profesionalmente.

Durante la década de 1930, el sistema político mexicano experimentó un proceso de consolidación, de modo que para la década de 1950 ya mostraba rasgos autoritarios siempre disimulados por un efectivo sistema de cooptación política y control discursivo que daba apariencia de orden social y de régimen democrático. El 2 de octubre de 1968, este sistema político enfrentó una crisis política, debido a un mitin estudiantil que terminó con una

masacre por parte del ejército en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, Ciudad de México (Poniatowska, 1971; González de Alba, 1989; Scherer García y Monsiváis, 1999). Se desconoce el número exacto de personas asesinadas esa noche, aunque probablemente hubo unas 70 personas muertas y otras 500 heridas, algunas de ellas de gravedad.

El movimiento estudiantil había comenzado más de dos meses antes, cuando un grupo de alumnos de dos escuelas preparatorias diferentes, pertenecientes a la UNAM, tuvieron una pelea callejera y fueron reprimidos violentamente por la fuerza policial. Este acto de represión generó malestar entre estudiantes y académicos, quienes comenzaron a quejarse y movilizarse para obligar al gobierno a castigar a aquellos que ordenaron una respuesta tan violenta a lo que consideraban una ofensa menor. La respuesta del Estado a esas demandas fue, eventualmente, utilizar más violencia, provocando que algunos estudiantes resultaran heridos, detenidos e incluso asesinados o que desaparecieran sin mayor rastro, como veremos a continuación.

Tropas policiales fuertemente armadas ocuparon edificios académicos, incluida la Universidad Nacional, para impedir cualquier tipo de reunión o encuentro de estudiantes. Este fue un vano intento por frenar el crecimiento del movimiento, en el que el rector de la Universidad Nacional, profesores, investigadores, miembros de la administración universitaria, estudiantes y un gran número de simpatizantes urbanos, ya habían salido a las calles exigiendo el fin de la represión violenta, castigo a los altos funcionarios del gobierno que habían ordenado esos actos brutales y respeto a los espacios académicos.

Se podría argumentar que este movimiento estudiantil fue parte del radicalismo estudiantil mundial de la década de 1960. La influencia del activismo estudiantil que condujo a los acontecimientos de mayo de 1968 en Francia, “que constituyen hasta la fecha el único desafío revolucionario serio, en tiempos de paz, prosperidad y (aparente) estabilidad, a la autoridad del Estado en una sociedad industrial avanzada” (Kuman, 1976, 245) era obvia, como lo era el recuerdo fresco del movimiento libertario civil en Berkeley y su resultado en tensos enfrentamientos entre estudiantes y la policía, y la insurgencia negra

comandada por Martin Luther King Jr. contra el racismo y la segregación en los estados del sur de los Estados Unidos.

El movimiento estudiantil en México fue parte de un aumento transnacional de protestas en el que los jóvenes con un alto nivel educativo, las minorías relativamente privilegiadas, comenzaron a desempeñar un papel más activo en la sociedad. Se enfrentaron al sistema utilizando medios no convencionales, como reuniones masivas y movilizaciones, y rechazaron por primera vez la mediación de los partidos políticos en su búsqueda de justicia social. El movimiento estudiantil mexicano también se nutrió de la Revolución Cubana, convertida en aquel momento en una suerte de ícono libertario para la juventud latinoamericana, opuesta al imperialismo y al sometimiento. La Revolución Cubana le dio al movimiento un sesgo político que luego fue magnificado por el Estado y utilizado para *justificar*, en cierto grado, la masacre en términos de seguridad nacional. Esto fue interpretado por algunos columnistas y comentaristas políticos de la época como un intento del gobierno de evitar la infiltración del comunismo y cualquier desestabilización del país por parte de agitadores extranjeros, principalmente cubanos y franceses. De hecho, el movimiento estudiantil introdujo en la cultura política mexicana, especialmente en la izquierda, su radicalismo, y al mismo tiempo, contribuyó al declive de la limitada hegemonía, dentro de la izquierda, del Partido Comunista Mexicano (PCM) y otros partidos políticos nacionalistas (Anguiano, 1997). Después de los estudiantes, el papel desempeñado por el PCM en la movilización de las organizaciones fue mínimo.

Como el movimiento empezó a atraer la atención de los medios de comunicación y de la opinión pública mundial, ya volcada en México debido a la inminente celebración de los Juegos Olímpicos en la Ciudad de México, el gobierno optó por ponerle fin. El día elegido fue el mismo día en que los estudiantes convocaron a un mitin político en Tlatelolco. El objetivo de la reunión era exigir el fin de la violencia policial dirigida contra ellos, la liberación de todos los presos políticos, la abolición de la policía especial antidisturbios y la renuncia de su jefe, entre otras preocupaciones.

El ejército acechó y tendió una emboscada a los estudiantes que rodeaban la plaza antes

de abrir fuego utilizando armas de alto calibre. Después de ese dramático acontecimiento, la legitimidad política del llamado régimen revolucionario entró en un período de continuo declive. El movimiento estudiantil de 1968 había revelado muchas cosas sobre México durante finales de la década de 1960 y principios de la de 1970. En primer lugar, expuso la falta de experiencia de los estudiantes mexicanos de esa época en relación con la movilización de masas y el carácter ingenuo de su aproximación a un régimen autoritario. En segundo lugar, reveló la ineficacia de las técnicas de cooptación política utilizadas por el Estado para suprimir la oposición real. En tercer lugar, reveló los límites de la tolerancia del Estado mexicano y sus características represivas. En cuarto lugar, este movimiento, predominantemente de clase media, no logró ganar el apoyo de los trabajadores y campesinos para una posición antigubernamental y con ello subrayó el importante papel que desempeñan estos grupos en apoyo al Estado. Finalmente, dio origen a un nuevo tipo de activismo político en México, uno en el que los altamente educados juegan un papel protagónico dentro de la movilización de masas.

### **El surgimiento de movimientos obreros, urbanos y radicales después de 1968 y sus vínculos con las personas altamente educadas**

*Es por esta misma razón por lo que a los campesinos es indispensable mantenerlos aislados de los obreros urbanos, así como a éstos y aquéllos de los estudiantes; los que no llegan a constituir sociológicamente una clase, se transforman en un peligro por su testimonio de rebeldía al adherirse a la causa popular. Se hace necesario, entonces, señalar a las clases populares que los estudiantes son irresponsables y perturbadores del "orden." Que su testimonio es falso por el hecho mismo de que, como estudiantes, debían estudiar, así como cabe a los obreros en las fábricas y a los campesinos en el campo trabajar para el "progreso de la nación".*

Paulo Freire. En *Pedagogía del oprimido* (2005, 189).

El 2 de octubre de 1968 fue un punto de inflexión histórico. En retrospectiva, puede verse como el comienzo de una época de cambio de régimen gradual, marcado por el aumento de la participación política y la autonomía asociativa.

El surgimiento del activismo político en México después de ese incidente es el foco de esta sección. En particular, intentaré establecer que la generación del 68 proporcionó un nuevo liderazgo a los movimientos sociales que surgieron en las décadas siguientes. Su trabajo en movimientos de base, sindicatos, barrios, universidades, partidos políticos, pequeños pueblos e incluso en organizaciones políticas clandestinas se convirtió en el estímulo para la creación y desarrollo de movilizaciones sociales.

Las universidades públicas de México, a menudo sobrepobladas, empezaron a reproducir un patrón que ya existía en otras sociedades. Se convirtieron en el lugar en el que los estudiantes no sólo discutían las contradicciones de la vida cotidiana, sino que se unían, organizaban brigadas de ayuda y enfrentaban la realidad de una manera más pragmática. Como escribe Rootes,

La juventud como etapa diferenciada de la vida nació y la universidad apareció como su lugar ideal (...) La entrada de esta nueva generación a las universidades inevitablemente produjo tensiones dentro de las instituciones cuyo ethos era de elitismo en términos tanto de números como de estatus pasado y futuro de sus estudiantes y de un ritual académico que hacía de la universidad, después de la Iglesia, lo más cercano existente a una reliquia viviente del medievalismo (Rootes, 1990, 208).

Una segunda ola de activismo estudiantil posterior a 1968 fue particularmente fuerte en la Ciudad de México, así como en los estados de Michoacán, Sinaloa, Guerrero, Puebla, Jalisco, Tamaulipas, Coahuila, Chihuahua, Veracruz, San Luis Potosí, Durango, Nuevo León, Oaxaca, Sonora y Tabasco. Los estudiantes iniciaron un proceso de educación política que pronto trascendió el campus. Comenzaron a organizarse y a manifestarse en las calles exigiendo mayor participación en los asuntos universitarios, pero pronto sus demandas se sintonizaron más con las de otros sectores de la población, pues los estudiantes nuevamente comenzaron a cuestionar las características represivas y no democráticas del sistema político mexicano. En 1971, los estudiantes fueron nuevamente reprimidos violentamente durante un incidente conocido en la historia

mexicana como la masacre de Corpus Christi, la matanza del Jueves de Corpus o *El Halconazo*. Una manifestación pacífica de estudiantes fue reprimida violentamente en Ciudad de México por un grupo paramilitar que se infiltró entre los manifestantes y mató a varios de ellos. Posteriormente, fue identificado como *Los Halcones*, un grupo antidisturbios de élite entrenado por el gobierno.

Durante la década de 1970, grupos de izquierda radical liderados principalmente por estudiantes de la generación del 68 comenzaron a desarrollar trabajo político al interior de barrios populares y sindicatos. Una minoría comenzó a planificar y participar directamente en las operaciones de grupos guerrilleros en todo el país, tanto en el campo, como en las ciudades, como una forma de contraatacar la represión ejercida por el Estado en 1968 y nuevamente en 1971. El grupo guerrillero conocido como Liga Comunista 23 de Septiembre se convirtió en la organización urbana más visible de este tipo. También fueron muy conocidos el Frente Urbano Zapatista, el Movimiento Armado Revolucionario, la Unión del Pueblo y los Comandos Armados de Chihuahua. La guerrilla rural estuvo representada principalmente por dos organizaciones: el Partido de los Pobres, comandado por Lucio Cabañas, y la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, encabezada por Genaro Vásquez. Durante la década de 1970, ambas organizaciones rurales radicales realizaron trabajo político en las montañas del estado de Guerrero. Fueron principalmente el resultado de un trabajo de base que incluyó a estudiantes y maestros rurales, como los propios Cabañas y Vásquez. Incluso los movimientos guerrilleros actuales como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el Ejército Popular Revolucionario (EPR) y el Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI) pueden encontrar sus raíces en el activismo estudiantil de los años 1970 en la selva de Chiapas y las montañas de Guerrero. Por ejemplo, Rafael Sebastián Guillén Vicente, la persona identificada por el gobierno mexicano como el mítico líder zapatista Subcomandante Marcos, fue un activista estudiantil de la década de 1970, quien se involucró en el trabajo de base en Chiapas (Tello, 1995; De la Grange y Rico, 1999).

Autores como Marx, Engels, Mandel, Marcuse, Gorz, Gramsci, Lenin y Wright Mills, todos ellos publicados principalmente por Editorial Era, y también Althusser, Poulanzas, Foucault y Lacan, formaban parte del bagaje ideológico de los estudiantes de aquella época. Las traducciones francés-español publicadas en México por el argentino Arnaldo Orfila, primero en la editorial estatal Fondo de Cultura Económica y luego en Siglo XXI, fueron un elemento clave en el desarrollo de una ideología de izquierda en México y en América Latina en su conjunto. La obra de autores latinoamericanos vinculados a la teoría de la dependencia como André Gunder Frank, Teotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Fernando Henrique Cardoso y Eduardo Galeano, y la inspiradora "opción preferencial por los pobres" que ofrece la teología de la liberación a través de Gustavo Gutiérrez, Paulo Freire y Leonardo Boff, entre otros (Castañeda, 1993; Woldenberg, 1998), también ayudaron a crear una actitud crítica entre sectores estudiantiles en México. Pronto, las universidades fueron el lugar donde la izquierda radical comenzó a desarrollarse.

En aquella época no era difícil encontrar a estudiantes militantes de diversos orígenes ideológicos reuniéndose para estudiar y tratar de encontrar formas de poner la teoría en práctica. Aunque no eran muchos en número y a menudo estaban divididos en alas y facciones rivales, los estudiantes en realidad eran la izquierda en México, debido a que los partidos políticos de izquierda de la época, como el Partido Comunista Mexicano (PCM) y el *lombardista* Partido Popular Socialista (PPS), tenían poco apoyo público. Entre una miríada de grupos estudiantiles organizados, había maoístas, comunistas, socialistas, anarquistas y trotskistas. Todos ellos querían reconstruir el movimiento estudiantil para brindar apoyo a los sectores menos favorecidos de la sociedad mexicana, presentándose como una fuerza social contra el Estado mexicano represivo, injusto y capitalista. Para lograr esto, los estudiantes comenzaron a crear comités de lucha, que eran copias del exitoso Comité de Huelga, la asamblea general que representó a los estudiantes durante el movimiento de 1968. Esta vez, los comités de lucha no tuvieron tanta suerte como sus

predecesores debido a las numerosas diferencias ideológicas y operativas entre sus miembros. Como resultado, los estudiantes tuvieron que brindar asistencia política y técnica a las organizaciones de masas a través de grupos a menudo dispersos y desconectados, en lugar de presentar un frente común, como en 1968.

Aunque dispersa, esta rama de la izquierda radical liderada principalmente por estudiantes militantes ha sido conocida en México como *línea de masas*. Ha habido varias organizaciones políticas, a menudo autodenominadas partidos políticos, que fueron creadas por activistas de la línea de masas durante las décadas de 1970 y 1980. Por ejemplo: Línea Proletaria (LP) Organización de Izquierda Revolucionaria - Línea de Masas (OIR-LM), Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), Unión de Lucha Revolucionaria (ULR), Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), Corriente Socialista (CS), Organización Revolucionaria Punto Crítico (ORPC), Liga Obrero Marxista (LOM) (Anguiano, 1997; Ramírez Sáiz, 1986; Mercado, 1989). Esperaríamos encontrar la influencia de su trabajo de base en la mayoría de los principales movimientos urbanos no vinculados al PRI de barrios de bajos ingresos. El trabajo que realizan los grupos de línea de masas fue y sigue siendo muy particular, pues utilizan una mezcla muy compleja de dos elementos aparentemente opuestos (Núñez, 1990; Dávila, 1990). Por un lado, utilizan principios maoístas como la importancia del trabajo de base, el concepto de poder popular basado en demarcaciones territoriales y la idea del activismo militante (en oposición a la política partidista) como la única arma revolucionaria posible, y por otro, fomentan la creación de una estructura, dentro de la organización, similar a un sindicato democrático occidental, donde una Asamblea General es el principal instrumento de toma de decisiones.

Aunque entre muchos estudiantes y activistas de la izquierda radical existía la creencia de que los pobladores no constituían una clase y eran considerados un lumpenproletariado, algunos de los estudiantes finalmente se vieron obligados a acercarse a ellos. En algún momento, hubo un intento de vincular los movimientos urbanos independientes con las organizaciones campesinas y

obreras para crear un frente de clase para combatir al Estado. En las ciudades, la izquierda radical se concentró primero en involucrarse en los sindicatos; luego, como resultado de la respuesta violenta del Estado, tuvieron que optar por otras formas de realizar el trabajo de base. Cuando el Estado comenzó a restringir cualquier intento de constituir sindicatos independientes y a reprimir a aquellos estudiantes y activistas que realizaban trabajo político en las fábricas, los estudiantes cambiaron su estrategia para acercarse a los trabajadores y se dirigieron a los barrios marginales recién creados.

Como características principales, los estudiantes portaban una ideología revolucionaria y aunque estaban en contacto permanente con partidos políticos de izquierda, eran muy independientes de ellos. Al terminar sus carreras, algunos estudiantes fueron a trabajar a universidades de todo el país como profesores, investigadores o como administradores aprovechando su conocimiento de la política universitaria para apoyar la creación de sindicatos fuertes en sus centros de trabajo, por ejemplo, en la Ciudad de México en la Universidad Nacional Autónoma de México y la entonces recién inaugurada Universidad Autónoma Metropolitana, así como en varias universidades regionales como en Sinaloa, Querétaro, Zacatecas, Puebla y Oaxaca, entre otras. Los sindicatos del personal universitario, algunos de los cuales eran masivos, estaban dirigidos por estudiantes de la generación de 1968.

Si bien no siempre mostraron rasgos democráticos, los estudiantes estuvieron cerca de varios movimientos obreros y contribuyeron a su desarrollo con capacidades organizativas, una base popular y una ideología. Algunos estudiantes incluso abandonaron sus carreras universitarias para convertirse en trabajadores de fábricas para estar más cerca de lo que creían que era el elemento revolucionario: los trabajadores.

Grandes grupos de estudiantes apoyaron al influyente movimiento obrero conocido como Tendencia Democrática, liderado por Rafael Galván, desde el sindicato de electricistas, así como a otros movimientos obreros independientes como la Unidad Obrera Independiente, el Frente Auténtico del Trabajo o incluso lideraron el movimiento desde el sindicato de trabajadores de la industria nuclear, por ejemplo.

La presencia de los estudiantes fue una característica común en casi todas las huelgas convocadas por un sindicato independiente. Según Anguiano (1997), algunos de los estudiantes pensaron que podrían incluso tomar el lugar de los trabajadores bajo una perspectiva de revolución de clase contra el Estado, si los trabajadores fueran totalmente cooptados por el Estado.

El apoyo dado por los estudiantes y otros miembros de la izquierda radical a los movimientos urbanos y a los sindicatos les permitió ganar una buena reputación, así como la oportunidad de desarrollar cada vez más vínculos con otras organizaciones de masas. Se había desarrollado un nuevo perfil de activista de izquierda de base: alguien con un alto nivel educativo y comprometido con un trabajo político basado en el principio de la "solidaridad con los pobres". Como parte de la ola de actividad iniciada por el movimiento estudiantil, a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 en México, nacieron varios nuevos movimientos de base y revivieron movimientos más antiguos. Los movimientos sociales preocupados por la problemática urbana habían aparecido tímidamente a finales de la década de 1960, imponiendo cuestiones como la vivienda pública en la agenda política y desplazando las cuestiones agrarias típicas de las sociedades rurales.

A principios de la década de 1970, con la ayuda de los estudiantes, los pobres urbanos comenzaron a organizarse para exigir servicios, aunque la mayoría de las demandas se procesaron a través de organizaciones corporativistas vinculadas al partido oficial, que eran parte del legado del pacto social posrevolucionario de México. El resurgimiento o surgimiento de movimientos de base, tanto en las zonas rurales como urbanas, se convirtió de repente en una amenaza para el gobierno debido a su llamado a la democratización del sistema político.

Si volvemos a los cinco factores que plantea Van Dyke para el surgimiento del activismo estudiantil en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1968, podremos concluir lo siguiente: El perfil ideológico de los estudiantes que encabezaron las movilizaciones era mayoritariamente liberal. Más aún, los jóvenes movilizados contaban con el respaldo institucional de la rectoría y de un amplio número de aca-

démicos y empleados universitarios, también mayoritariamente liberal, que les permitió cierta legitimidad en un contexto autoritario. Los estudiantes movilizados provenían de todos los estratos sociales, sin embargo, su perfil correspondía a quienes, en esos años, podían acceder mayoritariamente a estudios universitarios: clase media y alta.

La universidad era una institución masiva que permitía el acceso a una miríada de académicos, estudiantes y empleados que, a su vez, albergaban una variedad de intereses. El movimiento estudiantil de 1968 inició como una respuesta a la brutalidad policial y a la ocupación de espacios de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Instituto Politécnico Nacional por parte del ejército y de la policía. Estudiantes, académicos y trabajadores universitarios exigían respeto a la autonomía universitaria y alto a la represión por parte del Estado. Este movimiento sirvió para implantar una cultura activista y liderazgos universitarios, así como un entorno políticamente activo, lo que permitió la aparición de movimientos más amplios sobre las redes y el activismo existentes. La influencia de las subculturas activistas que pueden subyacer en las familias de movimientos dentro de un ciclo de protesta, ha dado forma a la ideología y las tácticas del activismo y las organizaciones posteriores, como lo plantea Van Dyke.

### **Activismo en la UNAM en apoyo a la población migrante indocumentada durante el primer mandato de Donald Trump como presidente de Estados Unidos de América**

Después de 1968, los movimientos estudiantiles en la UNAM continuaron. El movimiento de 1968 fue un parteaguas que generó mayor conciencia política y activismo entre los estudiantes, al tiempo que develó los niveles de represión a los que el Estado podía llegar. A partir de entonces, surgió un número de movimientos estudiantiles con diversas demandas. No siempre sensatos y, en ocasiones, plagados de violencia y ramplonería ideológica, algunos enfocaban su interés en tener mayor participación estudiantil en la toma de decisiones universitarias y en defensa de la educación pública, ante intentos de privatización o recortes presupuestales, como fueron las movilizaciones del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) entre 1986

y 1990 (Ordorika, 2019), y las del Consejo General de Huelga (CGH), entre 1999 y 2000 (Trejo Delabre, 2000; Sheridan, 2000; Cadena Roa, 2008) y la toma de la Torre de Rectoría en 2013. Más aún, las de apoyo al movimiento estudiantil del Instituto Politécnico Nacional (IPN), ante un cambio en su modelo educativo que afectaba a los planes de estudio y a la orientación formativa del centro de estudios en 2014. Otros, demandaban mayor apertura política y combatían al autoritarismo, como en el caso del movimiento estudiantil #YoSoy132, surgido en 2012 en la Universidad Iberoamericana y acogido en la UNAM y en otras instituciones de educación superior públicas y privadas de México, y en movilizaciones en respaldo a los padres y a las madres de los normalistas desaparecidos en Ayotzinapa en 2014, o en solidaridad, junto con académicos y trabajadores universitarios, con otros movimientos sociales, como el de mujeres (Varela Guinot, 2020), por nombrar algunos.

Ciertamente, a raíz de los eventos de 1968, se instalaron en la Universidad Nacional Autónoma de México subculturas activistas, es decir, una red activista multitemática que dio forma a la ideología y a las tácticas de grupos que se movilizan, en los términos que sugiere Van Dyke. En este escenario, los estudiantes, muchas veces, y en diferentes niveles, han contado con el impulso, la asesoría, el acompañamiento y la protección de empleados y académicos de la universidad, aún en movilizaciones con demandas enfocadas hacia la propia universidad.

Si bien Van Dyke toma en cuenta la importancia del perfil profesional de los académicos como fuente de activismo, no ahonda en el activismo académico, es decir, quienes participan activamente en movimientos sociales utilizando sus conocimientos, relaciones sociales, habilidades y prestigio para contribuir a un cambio positivo. Ciertamente, el activismo académico causa controversia y no queda claro si este tiene límites y, de tenerlos, cuáles son.

Max Weber, en *El Político y el Científico*, advierte sobre la necesidad de que la política debe quedar fuera de las aulas y que los estudiantes no deben hacer política. A sus colegas les aclara: "Es de mi parecer que extraña una absoluta falta de responsabilidad el que un profesor tome ventaja de sus prerrogativas para influir en los

estudiantes, transmitiéndoles sus propias opiniones políticas, en vez de limitarse a cumplir con su misión específica: la de suministrarles sus conocimientos y su experiencia científica” (Weber, 2017, 113). En el mismo tenor, les sugiere a los jóvenes estudiantes no caer en el error de esperar del catedrático aquello que este no puede ofrecerles. “Creo ver en él un caudillo en vez de un maestro, y el caso es que únicamente en calidad de maestros nos ha sido concedida la cátedra” (Ibid, 117). Wright Mills mantuvo una relación incómoda con los argumentos de Weber. Si bien abrazó muchas de sus ideas, también le preocupaba su noción de neutralidad intelectual. Para Wright Mills, el oficio académico es una herramienta para revelar las injusticias sociales y empoderar a los ciudadanos. Su obra promueve una participación ciudadana más activa y una mayor responsabilidad social de los académicos (Wright Mills, 1964).

Shauna T. MacKinnon recurre en su texto a Sanbonmatsu, quien intenta resumir las dos principales posturas relacionadas con el activismo académico, en este caso, representadas por Foucault y Gramsci: “A diferencia de Foucault, quien se opuso al liderazgo por principio y sostuvo que el papel de los académicos es proporcionar instrumentos de análisis y hacerse a un lado y dejar que los oprimidos hagan lo que saben que deben hacer, Gramsci vio el liderazgo intelectual como imperativo para la lucha contrahegémica” (MacKinnon, 2009, 514). Para Laura Pulido, existen diferentes formas de ser un activista académico, cada una de las cuales, tiene sus propios méritos y hace una contribución particular:

“Por ejemplo, existen académicos que encuentran en su trabajo teórico una forma de contribuir al activismo (...), quienes se dedican a la investigación de incidencia política (...) y quienes practican la “etnografía militante”. Además del tipo de activismo que se elija, también está la cuestión del lugar. ¿Dirigirá sus esfuerzos a transformar el campus, la comunidad local, el país o el mundo? (...) En términos de activismo comunitario, por ejemplo, algunos activistas académicos pueden asumir posiciones de liderazgo (...), mientras que otros pueden contribuir como miembros de base” (Pulido, 2008, 348-349).

Para los fines de este artículo, activismo académico es, por una parte, “activismo realizado por

un académico *en su calidad de académico*, en lugar de hacerlo de forma privada y no académica. El término abarca diversas actividades, pero incluye fundamentalmente el activismo a través de la investigación” (Stone, 2023, 4). Por otra parte, mantengo la noción de activismo “lo más amplia e inclusiva posible, viéndola como un espectro que abarca desde intervenciones públicas (por ejemplo, en los medios de comunicación) hasta la participación en la educación pública, formas directas de promoción de políticas públicas (por ejemplo, peticiones o campañas) y la participación en movimientos (de base) (...)

El activismo académico se ocupa de integrar la investigación académica con el activismo social y político” (Rahbari et al., 2025, 74). En otras palabras, y de manera resumida brillantemente por Edward W. Said:

El intelectual es un individuo con un rol público específico en la sociedad que no puede reducirse simplemente a un profesional anónimo, un miembro competente de una clase que simplemente se dedica a sus asuntos. Para mí, lo fundamental es que el intelectual es un individuo dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, una filosofía u opinión, tanto para el público como para él. Y este rol tiene un carácter especial, y no puede desempeñarse sin la sensación de ser alguien cuya *raison d'être* es plantear públicamente cuestiones incómodas, confrontar la ortodoxia y el dogma (en lugar de producirlos), ser alguien que no puede ser fácilmente cooptado por gobiernos y corporaciones, y cuya razón de ser es representar a todas esas personas y problemas que rutinariamente se olvidan o se esconden bajo la alfombra (Said, 1996, 11).

En la Universidad Nacional Autónoma de México el activismo académico es evidente, y se ve reflejado en las acciones que, como académicos y empleados universitarios, en ocasiones acompañando a los estudiantes y en ocasiones de manera individual, gremial o institucional, han realizado en defensa, en este caso, de las personas migrantes, a raíz de las políticas en su contra llevadas

a cabo durante el primer gobierno de Donald Trump en los Estados Unidos. Dicho mandato comenzó el 20 de enero de 2017, cuando Trump fue investido como el 45° presidente, y finalizó el 1 de enero de 2021. Durante ese periodo, y posteriormente, algunos estudiantes, académicos y empleados universitarios trabajaron juntos para idear formas de ayuda a las personas en tránsito, y de resistencia a los embates que recibían. Ciertamente, al hacerlo, la universidad abonó al cumplimiento de cambios sociales, económicos y políticos, en los términos en que Manuel Castells espera de las instituciones de educación actuales, directamente relacionadas con la transformación social. Al hablar de transformación social, Castells implica, al menos, algunos cambios fundamentales en las instituciones centrales de la sociedad, la política y la economía, y cambios mayores con respecto a las relaciones entre grupos sociales o clases, así como en la creación y distribución de riqueza, poder y estatus (Castells, 2009).

Ya se ha expuesto cómo, en la UNAM, se ha creado un ambiente favorable para el activismo en el campus y fuera de este. Al elaborar sobre el concepto de estructuras de oportunidades políticas, y muy de la mano de Van Dyke, Jo Reger acuña un término relacionado: estructura de oportunidades académicas. Argumenta que "las universidades, al igual que el entorno político y cultural general, pueden estar abiertas o cerradas al activismo en el campus. Cuando existe un entorno favorable, las universidades facilitan el activismo mediante estructuras que requieren la creación de organizaciones formalizadas, un liderazgo centralizado y una trayectoria institucional. Para cumplir con estos requisitos, las universidades proporcionan los recursos necesarios. Estas estructuras de oportunidades académicas fomentan subculturas activistas que permiten que los grupos estudiantiles perduren en el tiempo y tengan el potencial de influir en la cultura universitaria en general" (Reger, 2018, 559).

En los Estados Unidos de América, durante las dos administraciones del presidente Barack Obama, se llevaron a cabo políticas de inmigración muy severas, tanto, que permitieron el mayor número de deportaciones que presidente alguno hubiera hecho. De acuerdo con Mónica Vereá:

Algunos ciudadanos estadounidenses siempre han mostrado sentimientos y actitudes xenófobas, nativistas y antiinmigrantes. Sin embargo, en los últimos años, han percibido el aumento de la diversidad étnica en Estados Unidos como una amenaza, lo que ha dado lugar a movimientos extremadamente agresivos que se oponen a la entrada de migrantes y rechazan su presencia por diversas razones. Los xenófobos han manifestado sentimientos antiinmigrantes con tintes racistas mediante retórica y acciones que se han agravado a medida que ha aumentado la diversidad. El terrorismo nacional e internacional, así como los frecuentes ataques de grupos extremistas en los últimos veinte años, han agravado esta situación (Vereá, 2020, 9).

Sin embargo, aún ante ese escenario, de acuerdo con Jorge G. Castañeda, los Estados Unidos están más acostumbrados a los extranjeros y son más acogedores y tolerantes que Europa, en especial, con los latinoamericanos, incluso con el arribo de Donald Trump. Y lo explica:

(...) Samuel Huntington (...) creía que los latinoamericanos, a diferencia de los grupos u oleadas de migrantes previos, eran más difíciles de asimilar porque no compartían el credo estadounidense. Sin embargo, otras personas –en la otra cara– se sentirán tentadas a creer que los hispanos se asimilan con más facilidad a Estados Unidos que los árabes o los africanos a Europa, porque los norteamericanos comparten muchos más atributos con los latinos que los europeos con los visitantes que se han asentado en sus países. Existe algo de verdad en esa impresión, pero el asunto no es tan sencillo. Existen otras diferencias entre la experiencia europea y la norteamericana. La primera, y quizá la más relevante, consiste en que la migración de latinos a Estados Unidos ha ocurrido desde por lo menos finales del siglo XIX. (...) El idioma, la comida, la religión, el entretenimiento, los valores y las costumbres de los recién llegados ya los esperan en su destino (Castañeda, 2020, 231).

Aun así, la victoria del candidato del Partido Republicano, Donald Trump, creó un ambiente

de incomodidad entre los migrantes latinoamericanos radicados en Estados Unidos, sus familias en ambos lados de las fronteras, y entre aquellas personas en tránsito hacia ese país o que consideraban hacerlo. Su campaña electoral había estado plagada de referentes xenófobos, de promesas de deportar a las personas extranjeras que se encontraban en ese país sin documentación válida y de evitar el ingreso de un mayor número de ellas mediante la construcción de un muro fronterizo entre los Estados Unidos y México, pagado por este último.

Trump logró vencer en algunos estados tradicionalmente demócratas, localizados en el centro industrial de Estados Unidos, como Wisconsin, Pensilvania, Michigan, Ohio e Indiana, donde muchos trabajadores habían visto disminuir sus ingresos o, peor aún, perder su empleo. Un escenario que contrastaba con las afirmaciones de la candidata Clinton, quien aseguraba, con cierta verdad, que la economía estadounidense, vista globalmente, se encontraba sólida al final de la administración Obama.

Ya en funciones de gobierno, Trump amagó con cancelar el programa Acción Diferida para los Llegados en la Infancia (DACA, por sus siglas en inglés). En respuesta, las autoridades de la UNAM, junto con estudiantes organizados, académicos y trabajadores, impulsaron un plan de acción con siete estrategias para apoyar a jóvenes mexicanos (*dreamers*) con riesgo de ser deportados y a quienes se garantizaría que pudieran continuar con sus estudios en universidades y escuelas mexicanas. Las disposiciones fueron las siguientes: 1) Continuidad Académica. Garantizar que los *dreamers* pudieran seguir sus estudios en instituciones mexicanas, sin interrupciones en su trayectoria; 2) Apoyo Psicológico. Brindar apoyo emocional y psicológico para ayudarles a adaptarse a un nuevo entorno y superar posibles dificultades; 3) Asesoría Legal. Ofrecer asesoría legal para orientarles sobre sus derechos y trámites necesarios; 4) Reconocimiento de Estudios. Facilitar el reconocimiento de estudios realizados en Estados Unidos para que puedan convalidar materias y continuar su formación en México; 5) Vinculación con la Comunidad. Crear redes de apoyo y fomentar la integración a la comunidad universitaria

mexicana; 6) Acceso a Becas. Facilitar el acceso a becas y apoyos económicos para que puedan cubrir los costos de sus estudios; y 7) Programas de Desarrollo. Ofrecer programas de desarrollo profesional y personal para facilitar su inserción en el mercado laboral mexicano.

También, se emitió la declaración "La UNAM por México", para enfrentar la emergencia causada por las medidas dictadas por el gobierno de Estados Unidos. Fue promovida por el rector de la universidad y los directores de facultades, escuelas, institutos, centros, programas y coordinaciones de la universidad, quienes marcharon por las calles de la Ciudad de México en apoyo a los migrantes y en rechazo a la xenofobia. Daba cuenta, entre otras cosas, de que México enfrentaba uno de los mayores desafíos de su historia dado que el presidente Trump, en sus primeras acciones como gobernante, iba en contra de los principios del derecho internacional, y amenazaba la soberanía nacional y la autodeterminación del pueblo mexicano. Ante esa situación, la Universidad Nacional Autónoma de México hacía un llamado a la unidad de los mexicanos. Argumentaba que era necesario tomar medidas que permitirían superar los problemas que ya enfrentábamos y que se agravarían con la cancelación del Tratado de Libre Comercio y la deportación de millones de mexicanos. Convocaba a crear las oportunidades que hasta ese momento no habíamos sido capaces de generar e invitaba a analizar nuestras fortalezas y debilidades como país para replantear nuestra posición en el contexto internacional. Proponía acercarnos más a los países de Latinoamérica, y al resto del mundo, y planteaba como un deber el unirnos a los amplios sectores de la sociedad estadounidense que estaban en desacuerdo con las acciones de su presidente. También mencionaba, de manera especial, la actitud digna y valiente de las autoridades de los estados y de las *Ciudades Santuario*, y planteaba como una necesidad que el país se preparara para acoger a aquellos estudiantes mexicanos que pudieran verse obligados a salir de Estados Unidos. Finalmente, en dicha declaración, se convocó a los universitarios, a todos los mexicanos, y a la comunidad internacional, a participar en un diálogo permanente que analizara las acciones y soluciones concretas a los problemas que derivaban de esa coyuntura.

Ese posicionamiento en contra de las políticas migratorias del gobierno de Trump recibió el apoyo de la Asociación de Universidades Públicas de Estados Unidos (APLU), de la Unión de Universidades de América Latina y el Caribe (UDUAL), y de 475 académicos de instituciones estadounidenses, quienes firmaron un documento donde fijaron su postura. Además, los rectores de las universidades de Texas en Austin, de Indiana, de Arizona y de Texas State, en los Estados Unidos, manifestaron su respaldo a la Universidad Nacional Autónoma de México y su disposición a ayudar a los estudiantes mexicanos que pudieran ser expulsados de aquel país. Las sedes de la Universidad Nacional en Tucson, Los Ángeles, Chicago, Seattle y San Antonio, junto con la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH), la Fundación Slim, y organizaciones defensoras de migrantes, impulsaron mecanismos para facilitar la ciudadanía de mexicanos en los Estados Unidos. También, la UNAM creó y otorgó, por primera vez, el “Reconocimiento Alfonso García Robles para Labores Destacadas en Favor de Personas Migrantes” a Kalman D. Resnick, Dolores Huerta, Angélica Salas, Eric Garcetti y a la American Civil Liberties Union.

Ciertamente, el tema migratorio se convirtió en un asunto de urgencia académica y humanitaria para la Universidad Nacional, que acordó la creación del Seminario Universitario de Estudios sobre Desplazamiento Interno, Migración, Exilio y Repatriación (SUDIMER), para atender las repatriaciones, fungir como un espacio de reflexión y acción interdisciplinaria, un punto de encuentro, desde donde se lleven a cabo investigaciones, ejercicios de docencia y acciones de acompañamiento con diversos sectores sociales, académicos y gubernamentales en beneficio de la población migrante.

El SUDIMER se unió al grupo interdisciplinario y transnacional conocido como CAMINAR (por sus siglas en inglés), Análisis Comparado sobre Migración y Desplazamiento Internacional en las Américas, dedicado a analizar los impactos de la pandemia de la COVID-19 en las personas en situación de movilidad en las Américas (Franco Díaz, 2025; Universidad Nacional Autónoma de México, 2017; Fuentes y Martos, 2024; SUDIMER, 2022).

Fueron años difíciles: México se preparaba para recibir a repatriados, principalmente de los

Estados Unidos de América, al tiempo en que servía de espacio para el tránsito de oleadas de caravanas y éxodos de personas migrantes, principalmente provenientes de Centroamérica, quienes habían decidido romper la estrategia de invisibilidad que habían ejercido tradicionalmente, por una de visibilidad, donde buscaban mayor protección y mitigar los costos financieros y no financieros de su tránsito. Las presiones del gobierno de Trump hicieron que México cambiara su política migratoria, basada en favorecer el libre tránsito de las personas, por una de imposición de medidas de corte militar enfocada en la detención y la criminalización (Narváz Gutiérrez et.al., 2021).

La atención a la migración, entonces, no sólo requería voltear hacia el norte, también al sur y a lo que acontecía en México, con población local que regresaba o se encontraba en tránsito hacia los Estados Unidos, con las caravanas que arribaban desde el sur, y con población mexicana y centroamericana deportada de los Estados Unidos hacia las ciudades mexicanas de la frontera, desde donde eran forzadas a solicitar su ingreso a ese país.

La UNAM se convirtió en un espacio de incidencia que fue capaz de crear redes sociales de actividades vinculadas con las fronteras y la migración, relaciones de cooperación, entendidas, de manera amplia, “como todos aquellos vínculos que implican intercambios de información y acciones conjuntas guiadas por un objetivo común. Estas relaciones incluyen, por ejemplo, las vinculaciones que se realizan para organizar un evento de difusión de manera conjunta, los intercambios de información en el marco de proyecto de investigación, la publicación conjunta de libros, artículos u otros materiales, el intercambio y movilidad de personas en forma de pasantías, servicio social, estancias de investigación, la asesoría técnica, entre otras” (Fuentes y Martos, 29, 2024).

Todo sumó: las actividades de investigación y de enlace con otros centros de investigación y con organizaciones de la sociedad civil que llevaron a cabo el SUDIMER, el Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur (CIMSUR), el Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN), el Programa Universitario de Estudios del Desa-

rrollo (PUED) y el Instituto de Geografía (IG), entre otras entidades universitarias, se complementaron con los cursos de español para personas en el extranjero que trabajan con población migrante que, junto con los cursos de inglés para las personas en tránsito, fueron ofrecidos por el Centro de Enseñanza para Extranjeros (CEPE) de la UNAM, en la Ciudad de México, y por las sedes de la UNAM en el extranjero, particularmente en los Estados Unidos y Canadá (González-Casanova y Maza, 2025). Por su parte, la Dirección General de Incorporación y Revalidación de Estudios (DGIRE) abrió una página en internet para atender a estudiantes deportados que desearan revalidar sus estudios en la Universidad Nacional.

El Programa Universitario de Derechos Humanos (PUDH) y la Cátedra Unesco de Derechos Humanos ofrecieron asesoría jurídica en casos relacionados con los derechos de las personas migrantes. Se estableció el Seminario de Estudios Críticos del Derecho y Migraciones y, para atender a las migraciones internas que afectan las fronteras de México, se creó también el Seminario Permanente de Estudios Críticos del Turismo. Se impulsó el Seminario Movilidades en Contextos Migratorios, la Cátedra Extraordinaria de Estudios sobre las Américas y el proyecto Región Transfronteriza México-Guatemala.

Al mismo tiempo, grupos de estudiantes organizados de diferentes disciplinas, como Trabajo Social, Medicina, Enfermería, Odontología, Psicología y Derecho, entre otras, ofrecieron apoyo especializado a las personas en tránsito, como parte de su Servicio Social. Incluso, muchos de ellos se vincularon con organizaciones de la sociedad civil y con albergues, para potenciar su labor.

En este punto recurrimos, una vez más, a los factores que, en opinión de Van Dyke, pudieran influir en el desarrollo de una cultura política activa, para intentar explicar el apoyo a la población migrante en la UNAM durante la primera administración del presidente Trump. El rechazo a las medidas en contra de la población migrante adoptadas por el gobierno de los Estados Unidos provino, principalmente, de la rectoría y de algunos académicos mayormente de corte liberal, a quienes se unieron estudiantes y trabajadores universitarios.

La Universidad Nacional sigue siendo uno de los principales lugares donde la élite mexicana se

educa. Sin embargo, ya es difícil asegurar que es el principal, y casi único, como lo era en 1968. Este espacio está siendo disputado por un número de universidades privadas, con presencia nacional, que aloja, cada vez más, a hijos e hijas de familias de alto nivel económico y cultural.

Van Dyke pone en duda algunos supuestos en boga en los años 60 y 70 en los Estados Unidos, que sugieren que las instituciones de élite en su país, es decir, aquellas que imponen altas colegiaturas, atraen a estudiantes, investigadores y docentes de corte liberal que pudieran tener una inclinación por el activismo. Especula, sin embargo, que los docentes en instituciones más selectivas pudieran estar más involucrados en política; que los estudiantes, al ser de familias desahogadas económicamente, pudieran tener un alto sentido de eficacia que los inspiraría a la acción política; y que esos estudiantes pudieran provenir de familias políticamente activas y poderosas. Como una explicación adicional al activismo en esas universidades, Van Dyke señala que los estudiantes de instituciones de élite cuentan con más recursos institucionales y familiares para poder movilizarse. Además de poseer tiempo libre como resultado de no tener que trabajar mientras estudian. Estos argumentos, como lo señala Van Dyke, son consistentes con la teoría de movilización de recursos (McCarthy y Zald, 1973), que sugiere que los grupos no se movilizarán para protestar hasta que tengan suficientes recursos para hacerlo.

Ciertamente, varias acreditadas instituciones de educación superior privadas han albergado movilizaciones estudiantiles en últimas fechas. Sobresale, por su impacto mediático y político, el movimiento #YoSoy132, ya citado, iniciado en la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México en 2012. Este movimiento fue una reacción a la confrontación entre estudiantes de esa institución y el entonces candidato presidencial Enrique Peña Nieto, quien al ser cuestionado sobre la represión policiaca ejercida sobre pobladores de San Salvador Atenco, cuando él era el gobernador del Estado de México, respondió de una manera que generó protestas.

El movimiento creció cuando algunos representantes del candidato, y algunos medios de comunicación, intentaron descalificar a los inconformes poniendo en duda su condición de

estudiantes y minimizando su número. Como respuesta, 131 estudiantes mostraron sus credenciales, que los acreditaba como tales, en un video que se tornó viral. Miles de personas se unieron al movimiento en videos y se sumaron a la causa al autoasignarse ser el estudiante 132, y dando origen a una movilización estudiantil nacional, que involucró no sólo a la comunidad de la Universidad Iberoamericana, sino a universidades públicas y privadas. Entre sus demandas sobresalía la exigencia de un proceso electoral justo y la necesidad de una cobertura imparcial de las campañas por parte de los medios de comunicación. En 2023, en esta misma universidad, se realizaron movilizaciones estudiantiles en protesta por el recorte de becas y el aumento de colegiaturas, que permitieron el establecimiento de mesas de diálogo con las autoridades.

En el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey resaltan dos movilizaciones. La primera, en 2010, como consecuencia de la ejecución de dos estudiantes de posgrado del campus Monterrey. Las demandas de los estudiantes, los padres de familia y la institución fueron el esclarecimiento de los crímenes y el castigo a los perpetradores. La segunda ocurrió en 2017, a raíz del sismo del 19 de septiembre, que causó el colapso de puentes y edificios en el campus de la Ciudad de México, y produjo la muerte de cinco alumnos y múltiples heridos. Tanto padres de familia como estudiantes denunciaron que las autoridades universitarias no informaron debidamente sobre las causas del desplome ni atendieron las advertencias que sobre las condiciones del campus se habían hecho.

Finalmente, en la Universidad de las Américas Puebla, en 2021, los estudiantes se movilizaron como respuesta a la toma del campus por la policía estatal armada, en medio de la pugna por el control de la institución entre un nuevo patronato y la anterior administración. Los estudiantes protestaron para exigir la liberación del campus, desconocer al rector impuesto por las nuevas autoridades ilegítimas, exigir la no intervención del gobierno estatal en asuntos universitarios, y demandar la solución al conflicto legal que afectaba la investigación, la docencia y las acreditaciones de ese centro de estudios.

Estas movilizaciones estudiantiles en universidades privadas de influencia no son las úni-

cas, sin embargo, son las más representativas y perceptibles. Sería un tema de interés académico el investigar si las movilizaciones que se han reseñado crearon una cultura de protesta, y subculturas temáticas de activismo, en sus instituciones académicas. No en todas las universidades privadas de reconocido nivel académico hay un alto número de docentes, investigadores y estudiantes de corte liberal. Destacan en este sentido, aunque ciertamente no son las únicas, las universidades que conforman el Sistema Universitario Jesuita (SUJ), vinculadas a la Compañía de Jesús. Eso pudiera influir, en parte, en el activismo que se lleva a cabo en diversos campus de la Universidad Iberoamericana e instituciones hermanas, relacionado a la atención a las personas migrantes, por ejemplo.

La UNAM es una universidad de masas, donde se encuentran estudiantes de todos los estratos sociales con múltiples intereses y conexiones. La historia de protesta que tiene esta institución, a partir del movimiento estudiantil de 1968, permite que se le califique como un lugar propicio para ello, un foco de activismo político. La UNAM se encuentra siempre movilizándose, de igual manera, o tal vez más, que lo están dos referentes usados por Van Dyke (Van Dyke, 2012) como ejemplo de universidades que están siempre en protesta, no solo durante las oleadas o ciclos de movilización: la Universidad de Harvard y la Universidad de California en Berkeley.

## Conclusión

Nella Van Dyke en su artículo *Hotbeds for Activism: Locations of Student Protests* señala que hay universidades que sobresalen como focos de activismo político, y que gran parte de los estudios que se han hecho sobre protesta estudiantil son ahistóricos y no valoran la influencia de la historia y la cultura en la creación, mantenimiento y desarrollo de la protesta. En este trabajo se intentó revisar la historia de activismo en la Universidad Nacional Autónoma de México y la cultura que ha creado. Al hacerlo, se expuso que, en 1968, estudiantes de la UNAM, principalmente, fueron motivo de represión por parte del estado. El movimiento estudiantil mexicano de ese año fue parte del radicalismo estudiantil mundial de la década. Después de ese acontecimiento, la legitimidad política del régi-

men entró en declive. El movimiento estudiantil reveló, en primer lugar, la falta de experiencia de los estudiantes mexicanos, de entonces, en relación con la movilización de masas y el carácter ingenuo de su aproximación a un régimen autoritario. En segundo lugar, reveló la ineficacia de las técnicas de cooptación política del estado para suprimir a la oposición real. En tercer lugar, reveló los límites de la tolerancia del estado mexicano y sus rasgos represivos. En cuarto lugar, el movimiento estudiantil, predominantemente conformado por jóvenes de clase media, no logró ganar el apoyo de los trabajadores y campesinos, que conformaban los pilares del régimen. Finalmente, la represión en la Plaza de las Tres Culturas dio origen a un nuevo tipo de activismo en el país, en el que los altamente educados juegan un papel protagónico dentro de la movilización de masas.

El 2 de octubre de 1968 fue un punto de inflexión histórico en México. Fue el comienzo de una época de cambio de régimen gradual, marcado por el aumento de la participación política y la autonomía asociativa. La generación del 68 proporcionó nuevos liderazgos a los movimientos sociales. Posterior a la violenta represión a la que fueron objeto, los estudiantes, de manera significativa provenientes de la Universidad Nacional, comenzaron a involucrarse en movimientos de base, sindicatos, barrios, universidades, partidos políticos, pequeños pueblos e incluso en organizaciones políticas clandestinas. En las universidades públicas, y marcadamente la UNAM, los estudiantes iniciaron un proceso de organización política que pronto trascendió el campus. Demandaban mayor involucramiento en los asuntos universitarios y a cuestionar el talante represivo y no democrático del régimen. Fueron nuevamente reprimidos. En los años 70, los estudiantes de la generación del 68 se involucraron en grupos radicales de izquierda que llevaron a cabo trabajo político en barrios de bajos ingresos y sindicatos. Algunos pocos se insertaron con grupos guerrilleros en comunidades rurales y urbanas. Las universidades del país, y marcadamente la UNAM, fueron el lugar donde la izquierda radical se desarrolló. La influencia de su trabajo de base fue evidente en los principales movimientos urbanos, en barrios populares, no vinculados al

PRI. También lo fue en organizaciones campesinas y obreras. Se había desarrollado un nuevo perfil de activista de izquierda de base con un alto nivel educativo y comprometido con un trabajo político vinculado con la solidaridad con los pobres.

Los estudiantes de la generación de 1968 en México tenían, mayoritariamente, un perfil ideológico liberal. Contaban con el apoyo institucional de las autoridades de la UNAM y de un amplio grupo de académicos y empleados universitarios, principalmente, liberales. Los estudiantes provenían de todos los estratos sociales, sin embargo, las clases medias y altas, que en ese entonces podían acceder a la universidad más fácilmente, conformaban el grueso del movimiento. El movimiento implantó una cultura activista en la UNAM y sus liderazgos fomentaron un entorno activo políticamente que permitió la aparición, en la universidad, de redes y movimientos más amplios. De esa cultura activista se desprenden subculturas temáticas que han dado forma a tácticas organizativas posteriores. Como resultado de ello, en la UNAM ha surgido un número de movimientos estudiantiles con diversas demandas, que van desde garantizar mayor participación estudiantil en la toma de decisiones universitarias y en defensa de la educación pública, hasta mayor apertura política del régimen de gobierno, solidaridad con normalistas desaparecidos y con el movimiento de mujeres, por nombrar solo algunos.

Después de 1968, se instalaron en la Universidad subculturas activistas. Una red de personas dispuestas a movilizarse que abordan múltiples temas y que muchas veces cuentan con el impulso, la asesoría, el acompañamiento y la protección de académicos y empleados universitarios. Es evidente, entonces, el activismo académico en la Universidad Nacional. Uno de los temas que ha abordado la red de activistas universitarios es el de la defensa de las personas migrantes a raíz de la primera presidencia de Donald Trump en los Estados Unidos. La UNAM favorece el activismo mediante estructuras de oportunidades académicas que implican la creación de organizaciones, liderazgo y trayectoria institucional que perduran en el tiempo y que influyen en la cultura universitaria.

La campaña electoral de Donald Trump estuvo plagada de referentes xenófobos, de promesas de deportación y de evitar el ingreso de más inmigrantes. Ya en el cargo, Trump amenazó con cancelar el programa Acción Diferida para los Llegados en la Infancia (DACA), lo que impulsó a las autoridades de la UNAM y a estudiantes, académicos y trabajadores, a activar un plan de acción para apoyar a jóvenes mexicanos (*dreamers*) con riesgo de ser deportados. Se trataba de garantizarles el poder seguir su educación en México. La universidad dispuso una estrategia que facilitara continuidad académica, apoyo psicológico, asesoría legal, reconocimiento de estudios, vinculación con la comunidad, acceso a becas y programas de desarrollo. Hubo un posicionamiento público, llamado "UNAM por México", donde se señalaban, entre otras cosas, las violaciones al derecho internacional que el gobierno de Estados Unidos realizaba con estos intentos de deportación. Estas primeras acciones tuvieron el respaldo de académicos e instituciones de educación superior de ese país, como la Asociación de Universidades Públicas de Estados Unidos (APLU) y de la región, como la Unión de Universidades de América Latina y el Caribe (UDUAL). Las sedes de la UNAM en Estados Unidos se vincularon a organizaciones sociales, fundaciones, y agencias del estado mexicano, como la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) y la Fundación Slim, entre otras, para posibilitar mecanismos de ciudadanía de mexicanos en Estados Unidos.

En la UNAM, el tema migratorio era un asunto de urgencia académica y humanitaria, por lo que se creó el Seminario Universitario de Estudios sobre Desplazamiento Interno, Migración, Exilio y Repatriación (SUDIMER). México no sólo recibía migrantes del norte. Continuaba expulsando connacionales y era, también, un espacio para el tránsito de caravanas de personas migrantes provenientes del sur. La UNAM se convirtió en un espacio de incidencia donde se crearon redes sociales de apoyo a las personas en tránsito. No sólo se llevaron a cabo

investigaciones relacionadas. Se ofrecieron cursos de español para personas en el extranjero que atendían a los migrantes, cursos de inglés para quienes los requirieran, una página en línea para atender a aquellos estudiantes que fuesen deportados, y acompañamiento jurídico. Hubo asistencia personalizada, también, por parte de estudiantes de diversas especialidades quienes realizaban, así, su Servicio Social, previo a graduarse.

Al usar como referente de análisis los factores señalados por Nella Van Dyke para intentar entender por qué algunas universidades destacan como focos de activismo político, y después de revisar la historia y la cultura de activismo de la Universidad Nacional Autónoma de México, y su actuar en defensa de la población migrante, podemos señalar lo siguiente: esa institución de educación superior es un foco de activismo político, que atrae a un alto número de académicos, investigadores, trabajadores y estudiantes de corte liberal. En 1968, era el principal lugar donde la élite mexicana se educaba y se relacionaba. Actualmente, ese espacio está en disputa. Un número de universidades privadas, con presencia nacional y prestigio académico, forma a un sector de la élite mexicana. Algunas de esas universidades han albergado movilizaciones estudiantiles. La UNAM sigue teniendo una presencia significativa entre las familias con más recursos económicos y culturales. La oferta de esa institución rebasa las aulas. Su producción editorial, audiovisual, artística, deportiva y bibliográfica es la más relevante del país. Más aún, existen carreras y posgrados que las universidades privadas no ofrecen y que la Universidad Nacional cubre. La UNAM es una universidad de masas, donde se encuentran estudiantes de todos los estratos sociales. Su historia de activismo, principalmente a raíz del movimiento estudiantil de 1968, influye claramente en la emergencia de actividad de protesta. Finalmente, en la UNAM persisten subculturas activistas temáticas que fomentan actividad de protesta.

## Bibliografía

- Anguiano, A. (1997) *Entre el pasado y el futuro. La izquierda en México, 1969 - 1995*. México, D. F.: Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco.
- Boyer, E. L. (1996) "The Scholarships of Engagement". *Bulletin of the American Academy of Arts and Sciences*, Vol. 49, No. 7 (Abr.), pp. 1833.

- Buchanan, G. y J. Brackett (1970) *Summary Results of the Survey for the President's Commission on Campus Unrest*. Washington D.C.: The Urban Institute.
- Cadena Roa, J. (2008) "Evaluación de desempeño de los movimientos sociales". En C. Puga y M. Luna (eds.) *Acción colectiva y organizaciones: estudios sobre desempeño asociativo*. Ciudad de México.: IIS-UNAM.
- Castañeda, J. G. (1993) *Utopia Unarmed*. New York.: Vintage.
- Castañeda, J. G. (2020) *Estados Unidos: en la intimidación y a la distancia*. Ciudad de México.: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Castells, M. (2009) "Lecture on Higher Education". Ponencia presentada en The University of the Western Cape, 7 de agosto.
- Cushman, E. (1999) "The Public Intellectual, Service Learning, and Activist Research". *College English*. Vol. 61, No.3, pp. 328-336.
- Dávila, J. D. (1990) "Mexico's urban popular movements. A conversation with Pedro Moctezuma". *Environment and Urbanization*, vol. 2 (1) pp. 35-50.
- De la Grange, B. y M. Rico (1999) *Marcos: la genial impostura*. México, D. F.: Nuevo Siglo / Aguilar.
- Franco Díaz, M. (2025) "El SUDIMER. Un faro de conocimiento sobre movilidades humanas". *UNAM Internacional*. Año 3, No.9, marzo – junio. En línea: <https://revista.unaminternacional.unam.mx/nota/7/el-sudimer-un-faro-de-conocimiento-sobre-movilidades-humanas>
- Freire, P. (2005) *Pedagogía del oprimido*. México.: Siglo XXI.
- Fuentes, M. L. (2020). *La UNAM en las fronteras de México. Informe sobre las actividades realizadas de junio a diciembre de 2019*. Ciudad de México.:UNAM. [http://www.pued.unam.mx/export/sites/default/archivos/Investigaciones/3/UNAM\\_Fronteras.pdf](http://www.pued.unam.mx/export/sites/default/archivos/Investigaciones/3/UNAM_Fronteras.pdf)
- Fuentes, M. L. (2021). *La frontera está en todas partes*. Ciudad de México.: UNAM-PUED.
- Fuentes, M. L. (2022). *La UNAM en las fronteras de México. Informe sobre las actividades realizadas en 2020 y 2021*. Ciudad de México.: UNAM-PUED. [http://www.pued.unam.mx/export/sites/default/archivos/Investigaciones/3/UNAM\\_Frontera20-21.pdf](http://www.pued.unam.mx/export/sites/default/archivos/Investigaciones/3/UNAM_Frontera20-21.pdf)
- Fuentes, M. L. (2023). *La UNAM en las fronteras de México. Informe sobre las actividades realizadas en 2022*. Ciudad de México.: UNAM-PUED. En línea: [http://www.pued.unam.mx/export/sites/default/archivos/Investigaciones/3/Informe\\_2022.pdf](http://www.pued.unam.mx/export/sites/default/archivos/Investigaciones/3/Informe_2022.pdf)
- Fuentes, M. L. y A. Martos (2024). *La UNAM en las fronteras de México. Redes de cooperación científica y técnica de la UNAM*. Ciudad de México.: Coordinación de Humanidades UNAM-PUED.
- González-Casanova, D. y C. Maza (2025) "La frontera está en todas partes. Entrevista con Mario Luis Fuentes". *UNAM Internacional*. Año 3, No.9, marzo – junio. En línea: <https://revista.unaminternacional.unam.mx/nota/7/la-frontera-esta-en-todas-partes-entrevista-con-mario-luis-fuentes>
- González de Alba, L. (1989) *Los días y los años*. México, D. F.: Editorial Era.
- Hellman, J. A. (1978) *México in Crisis*. London.: Heinemann.
- Hodgkinson, H. (1970) "Student protest -an institutional and national profile". *The Record*. 71: 537-548.
- Kumar, K. (1976) "Revolution and Industrial Society: An Historical Perspective". *Sociology*, 10 (2). 245-269.
- Lennox, C. e Y. Yesim Yaprak (2020). "Activist scholarship in human rights". *International Journal of Human Rights*, 24(1), pp. 4-27.
- Lipset, S. M. (1976) *Rebellion in the University*. Illinois.: University of Chicago Press.
- MacKinnon, S. T. (2009). "Social Work Intellectuals in the TwentyFirst Century: Critical Social Theory, Critical Social Work and Public Engagement". *Social Work Education*. 28(5), 512–527.
- Madrazo, J. (2024) "La UNAM en apoyo a la diáspora mexicana. El Programa de Apoyo a los Mexicanos en el Extranjero". *UNAM Internacional*. Año 3, No. 7, julio-octubre. En línea: <https://revista.unaminternacional.unam.mx/nota/7/la-unam-en-apoyo-a-la-diaspora-mexicana-el-programa-de-apoyo-a-los-mexicanos-en-el-extranjero>

- McCarthy, J. D. y M. N. Zald (1973) *The Trend of Social Movements in America: Professionalization and Resource Mobilization*. Morristown, New Jersey.: General Learning.
- Mercado, A. (1989) *Arturo Loppe López. Gestor urbano*. México, D. F.: Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco.
- Narváez Gutiérrez, J. C., A. Fernández de la Reguera y L. Gandini (2021) "From Narrative to Practice: Contradictions of an Ambiguous Migration Policy in Contemporary Mexico". En G. Martínez-Zalce y M. Vereá (eds.) *Migration and Borders in North America: views from the Twenty-first Century*. México.: Centro de Investigaciones sobre América del Norte, UNAM. En línea: <https://repositorio.unam.mx/contenidos/5058259>
- Núñez, O. (1990) *Innovaciones democrático-culturales del Movimiento Urbano Popular*. México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco.
- Ordorika, I. (2019) *La disputa por el campus. Poder, política y autonomía en la UNAM*. Ciudad de México.: UNAM / Plaza y Valdés Editores.
- Poniatowska, E. (1971) *La Noche de Tlatelolco*. México, D.F.: Era.
- Pulido, L. (2008) "FAQs: Frequently (Un) Asked Questions about Being a Scholar Activist." En C. Hale (ed.) *Engaging Contradictions: Theory, Politics and Methods of Activist Scholarship*. Berkeley.: University of California Press.
- Rahbari, L., D. Kramer, M. Deserno, T. Tse y T. R. Matos (2024). "Activism and academia: an interdisciplinary dialogue on academic freedom and social engagement". *Journal of Higher Education Policy and Management*, 47(1), 73–89.
- Ramírez Sáiz, J. M. (1986) *El movimiento urbano popular en México*. México, D. F.: Siglo veintiuno editores.
- Reger, J. (2018). "Academic Opportunity Structures and the Creation of Campus Activism". *Social Movement Studies*.17:5, pp. 558-573.
- Rootes, C. A. (1990) "Student movements in advanced Western societies: Transnational movements and their national political context". *Associations Transnacionales*, 4. 207-217.
- Said, E. W. (1996) *Representations of the intellectual*. Vintage Books.: New York.
- Scherer García, J. y C. Monsiváis (1999) *Parte de Guerra: Tlatelolco 1968 (Documentos del General Marcelino García Barragán. Los hechos y la historia)*. México, D. F.: Aguilar - Nuevo Siglo.
- Sheridan, G (2000) *Allá en el campus grande*. México, D.F.: Tusquets.
- SUDIMER (2022) *Informe 2018-2022*. UNAM-IIIJ. En línea: <https://www.juridicas.unam.mx/informe-2018-2022/detalle/359>
- Tello, C. (1995) *La Rebelión de las Cañadas*. México, D.F.: Ed. Cal y Arena.
- Trejo Delarbre, R. (2000) *El secuestro de la UNAM*. México, D.F.: Cal y Arena.
- Universidad Nacional Autónoma de México (1971) *Anuario Estadístico 1968 de la UNAM*. México, D.F.: Dirección General de Administración de la UNAM.
- Universidad Nacional Autónoma de México (2017) "Acuerdo por el que se crea el Seminario Universitario de Estudios sobre Desplazamiento Interno, Migración, Exilio y Repatriación (SUDIMER)". *Gaceta UNAM*. 8 de mayo, pp.18.
- Varela Guinot, H. (2020) "Las universidades frente a la violencia de género. El alcance limitado de los mecanismos formales". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol.65, n.238, pp.49-80.
- Van Dyke, N. (1998) "Hotbeds for Activism: Locations of Student Protest". *Social Problems*, Vol. 45, No.2, pp. 205-220.
- Van Dyke, N. (2012) "The return of student protest". *Mobilizing Ideas*. Mayo. En línea: <https://mobilizingideas.wordpress.com/2012/05/02/the-return-of-student-protest/>
- Vereá, M. (2020) "Introduction". En M. Vereá (ed.) *Anti-Immigrant policies during the Trump era*. Ciudad de México.: Centro de Investigaciones sobre América del Norte / Universidad Nacional Autónoma de México.
- Weber, M. (2017) *El Político y el Científico*. Ciudad de México.: Grupo Editorial Éxodo.

- Woldenberg, J. (1998) *Memoria de la Izquierda*. México, D. F.: Cal y arena.
- Womack Jr., J. (1970) "The Spoils of the Mexican Revolution". *Foreign Affairs*, vol. 48. Num. 4. July.
- Wright Mills, C. (1964) *La imaginación sociológica*. Ciudad de México.: Fondo de Cultura Económica.